

La Lucha

Aparece los días 10, 20 y 30 de cada mes.

Suscripción anual, 5 ptas.—Paqueteros, 10 ctms. ejemplar.—Pago adelantado, 8 ctms. ejemplar.
América y Portugal, suscripción anual, 6'50 ptas.—Número suelto, 20 ctms.—Paqueteros, 15 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 12 ctms.
Demás países, suscripción anual, 8'50 ptas.—Número suelto, 25 ctms.—Paqueteros, 18 ctms. ejemplar. Pago adelantado, 15 ctms.

Publicación Cultural, Progresista, Regeneradora, Idista y de Crítica Religiosa.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Gra. Barcelona, 48.

Precio, 15 ctms

A UN SEMBRADOR

Siembra sin mirar la tierra donde cae el grano; estás perdido, si consultas el rostro de los demás. Tu mirada, invitándolos a responder, les parecerá invitación a alabarte, y, aunque estén de acuerdo con tu verdad, te negarán, por orgullo, la respuesta. Di tu palabra y sigue tranquilo, sin volver el rostro. Cuando vean que te has alejado, recogerán tu simiente; tal vez la besen con ternura y la lleven a su corazón.

No pongas tu efigie reteñida sobre tu doctrina. Te enajenará el amor de los egoístas, y los egoístas son el mundo.

Habla a tus hermanos en la penumbra de la tarde, para que se borre tu rostro, y vela tu voz hasta que se confunda con cualquier otra voz. Hazte olvidar, hazte olvidar... Harás como la rama que no conserva la huella de los frutos que ha dejado caer.

Hasta los hombres más prácticos, los que se dicen menos interesados en los sueños, saben el valor infinito de un sueño y recelan de engrandecer al que lo soñó.

Harás como el padre que perdona al enemigo, si lo sorprendió besando a su hijo. Déjate besar en tu sueño maravilloso de redención. Míralo en silencio y sonríe...

Bástate la sagrada alegría de entregar el pensamiento; bástete el solitario y divino saboreo de su dulzura infinita. Es un misterio al que asiste Dios y tu alma. ¿No te conformas con ese inmenso testigo? Él supo, Él ya ha visto, Él no olvidará.

También Dios tiene ese recatado silencio, porque Él es el Pudoroso. Ha derramado sus criaturas y la belleza de las cosas por los valles y colinas, calladamente, con menos rumor del que hace la hierba al crecer. Vienen los amantes de las cosas, las miran, las palpan y se están embriagados, con la mejilla sobre sus rostros. ¡Y no lo nombran nunca! Él calla, calla siempre. Y sonríe...

GABRIELA MISTRAL.

César, Marx y Cristo

Con el título de *César, Marx o Cristo*, hemos leído en una revista portorriqueña un artículo que nos ha sumido en serias reflexiones. Se dice en él que el mundo vacila entre el despotismo de César y las utopías de Carlos Marx y que sólo necesita a Cristo; que los fenómenos políticos del momento actual indican que los principios fundamentales en que descansa la organización social actual se hallan debilitados y que son insuficientes para mantener la estabilidad de los estados, que la democracia está en crisis y tal vez en decadencia.

Añade que dos tendencias, diametralmente opuestas y antagónicas, pugnan por apoderarse del gobierno de los estados: el fascismo y el socialismo radical; que el fascismo representa la reacción medioeval, el socialismo extremo va hacia el comunismo, la forma primitiva de organización de los pueblos, que después de 20 siglos retrocedemos a las dos primitivas formas de organización política y que parece que todas las conquistas modernas de la democracia han sido un experimento desfavorable. El articulista ve que delante del mundo, de Oriente a Occidente, no hay más que dos caminos: la cruel tiranía o la anarquía de las masas.

Pregunta cuáles han sido las causas premonitoras de esta crisis social-política universal y halla que es difícil, y acaso imposible, puntualizar las causas definitivas de tal estado de cosas.

Habla después de lo mucho que se dice y lo mucho que se escribe de todas estas cuestiones, que, a opinión suya, casi nadie entiende, puesto que, quienes emiten criterios sociológicos, economistas, psicológicos, etc., etc., escriben lo que no saben o no saben lo que escriben.

Entre las varias conclusiones que al articulista sienta, figura la perversidad del corazón humano, con la cual estamos conformes, ya que, verdaderamente, nadie puede negar que los ricos y los poderosos deprimen al pueblo, por lo cual, en vista de esto, las masas, corroidas por el odio, la venganza y la miseria, derivan hacia la violencia.

Del articulista, léanse íntegros estos dos párrafos, que no tienen desperdicio: «La causa de este caos político, se ha dicho, está en una impropia distribución de las riquezas y el poder. Pudiera ser cierto; pero esta desigual distribución, no es la causa, sino la consecuencia de un aniquilamiento espiritual en la vida de los pueblos. Ambición desmedida de unos; humillación y miseria de otros; desconfianza de todos: esa es la génesis de las desventuras. El verdadero origen de tal desastre social, es la ausencia de Dios en la sociedad; la rebeldía de las masas a los principios de Cristo; la exaltación de valores humanos como panaceas de las desventuras del mundo.

»Tan cruel es la tiranía del comunismo ruso, como el despotismo del dictador Mussolini. Todo lo que sea solución meramente humana al problema de la agonía del mundo, será siempre un frustado esfuerzo. El mundo gime por la orfandad de Dios. La eficacia de cualquier sistema político, depende de la moralidad del ciudadano. No hay carácter solidamente moral, fuera de los principios cristianos.»

Andemos por partes y hablemos de la ausencia de Dios en la Sociedad, de la rebeldía de las masas a los principios de Cristo y de las panaceas para las desventuras del mundo. ¿De quién es la culpa, si Dios está ausente de la Sociedad? De los que se han dicho y se dicen sus representantes, que, ante la explotación de los débiles por los poderosos, se han puesto en todo tiempo, siempre con injusticia, del lado de éstos. ¿Es cierto que las masas se han rebelado contra los principios de Cristo? Lo negamos rotundamente. Lo que han hecho las masas ha sido rebelarse contra las añagazas y la farsantería de los que, sarcásticamente, se dicen representantes de Cristo, cuando, verdaderamente, sólo lo han sido y son del Capitalismo y de la Tiranía. En la Filosofía de Cristo, flota con todo esplendor y pujanza la sublime trilogía de Libertad, Igualdad y Fraternidad, a cuyos excelsos lemas en ninguna manera han renunciado las masas. Quienes han hecho traición a los principios de Cristo, no han sido las masas, sino el clericalismo de todas las religiones. Cuando Marx ideó su Sistema Social, no pensaba en ninguna manera prescindir de Cristo, y acudió en demanda de apoyo para sus métodos a los que se llamaban representantes de Cristo en Alemania, y éstos, que sólo eran representantes de los déspotas de las bancas, le volvieron la espalda, negándose a escuchar sus teorías, que, basándose precisamente en los principios de Cristo, habrían sido la panacea de las desventuras del mundo y hubieran evitado el divorcio entre Cristo y el Pueblo. Fué ante la negativa de los que se llamaban representantes de Cristo, por lo que Carlos Marx modificó su sistema de emancipación humana, prescindiendo del nombre de Cristo, aunque no de la esencia de su Filosofía. Siempre el orgullo, el rastrerismo y la altanería de los mangoneadores de la Iglesia de Cristo, han sido los que la han hundido, cada vez más, en el abismo en que hoy se debate.

Y lo que hemos de refutar con toda energía, es lo que dice el autor que nos ocupa sobre el que la Iglesia de Jesucristo hace mal, cuando abandona el ministerio de la predicación del Evangelio, se entretiene en discutir y propagar simples sistemas político-sociales y que es torpe conducta el malgastar el tiempo y el esfuerzo de la Iglesia en meras cuestiones Sociales. Tan desdichadas palabras, son puro fanatismo. El autor aun no se ha dado cuenta de que el Evangelio de Cristo, desde el principio al fin, es un completo tratado de Sociología y que por no haberlo querido reconocer así los cristianos de Constantino para acá, al revés de los primitivos, entre los cuales ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía, sino que todos los bienes les eran comunes, las iglesias llamadas cristianas se encuentran en pleno fracaso. ¿En qué iglesia cristiana se practica la fraternidad que inculcó Cristo en sus enseñanzas? En ninguna. El Cristianismo actual, no es ni sombra del Cristianismo de Cristo. En las iglesias cristianas de nuestros días se hallan los mismos vicios y defectos que en las demás sociedades profanas. Eso bien lo saben sus miembros y no hay necesidad de puntualizar, por no hacer más visibles la manchas y la podredumbre.

¿Ha fracasado, pues, el Cristianismo? No, no y no. Quienes han fracasado estrepitosamente son los cristianos, por no haber querido reconocer y practicar el aspecto social del Evangelio, cosa que han impedido los que, con gran impudicia, se han llamado y se llaman representantes de Cristo, siendo todos ellos incrédulos hasta la médula, por lo que prefieren congraciarse con los poderosos, importándoles un comino el congraciarse o no con Dios, en el que no creen y al cual hacen servir de alcahuete de todas sus concupiscencias.

TÁNTALO.

PROPAGUE USTED "LA LUCHA"

Mi Comunismo

Mi ideal es sencillo, inocente. ¿Cómo podrá ser rechazado? Figurémonos un país en que haya levantadas bellas, espaciales ciudades. Las casas serían amplias también y cómodas. Estaría rodeada cada manzana de casas por un ameno y hermoso jardín. Todo sería paz y silencio en la ciudad. Las casas no tendrían puertas cerrables; es decir, no habrían en las puertas ni cerraduras, ni pasadores, ni armellas. ¿Para qué iban a poderse cerrar las puertas? Nadie tendría interés en llevarse nada de las casas. Las casas mismas, para que no hubiera codicias ni códigos entre los ciudadanos, se sortearían cada diez años. Al cabo de este lapso de tiempo, todos los moradores de la ciudad cambiarían de vivienda. El trabajo sería igual para todos; igual para todos el esparcimiento y el descanso. Unas pocas horas al día, trabajando todos, bastarían para despachar todos los asuntos y empresas de la comunidad. Como el trabajo de los campos es sano, dulce comercio con la tierra—dulce siendo holgado y voluntario—, todos los ciudadanos tendrían la obligación de remudarse cada cierto tiempo en el beneficio de los campos, de modo que todos pasarían por esta escuela, perenne de vigor y de salud.

No todos los hombres sirven por igual para las artes mecánicas y para las liberales; en la escuela, durante los primeros años, se discerniría qué ingenios eran los más sutiles y delicados, los más apropiados, en suma, para las especulaciones de las artes y de las ciencias. Y esos entendimientos serían consagrados a tales eminentes labores. Y todo se haría de concierto entre todos los ciudadanos en perfecta concordia, sin que hubiera humillación para nadie, ni nadie pudiera sentir hinchazón ni vanidad por nada. La vida comenzaría bien de mañana en la ciudad; antes del trabajo de los campos y del taller habría unas horas de estudio; habría recreaciones varias y agradables todos los días después del trabajo. Los instrumentos para la labor serían de todos. Las cosas para el abasto de las casas se tomarían libremente de grandes almacenes. Serían en común las comidas. No es que los ciudadanos se reunieran en una muchedumbre para devorar—bárbaramente—una pitanza desabrida y copiosa. No; por grupos, según afinidades naturales del afecto y de la vecindad, diariamente se congregarían los moradores de la ciudad para hacer sus yantares, y lo harían delicadamente, te-

niendo mucha cuenta de los niños y de las mujeres.

Entre los esparcimientos de estos hombres no se contaría la caza. La caza suscita sentimientos sanguinarios. Estúpido y cruel es perseguir y matar a un azorado animalejo. No habría tampoco noticias entre esta gené de las sutilezas y logomaquias de la antigua escolástica. Serían filósofos, razonarían, pero cuerda y sencillamente. Los autores predilectos serían los filósofos, poetas y trágicos griegos: hombres de plena y eterna humanidad. Los clásicos griegos, impresos en elegantes y limpias ediciones. Y estos autores inmortales plasmarían en tolerancia y en bondad sus espíritus. Conforme a

esa doctrina vivirían. No despreciarían ni la belleza ni el vigor corporal. No se esforzarían en «mudar la agilidad en flojedad, en extenuar con ayunos el cuerpo haciendo injuria a la salud». Cuando estuvieren enfermos, higiénicos hospitales habría en la ciudad para recibirlos: hospitales contruidos a manera de otras pequeñas ciudades, de pabellones y casitas rodeados de verdura. Tales serían los solícitos cuidados que en ellos se darían, tal la delicadeza e independencia de que se gozaría en ellos, que nadie intentaría pasar la enfermedad en la propia casa... Tal es mi ideal comunista.

J. MARTÍNEZ RUIZ.
AZORÍN.

¿Sabéis quién soy?

Soy algo más poderoso que todos los ejércitos combinados del mundo.

Soy aún más fatal que las balas y he destruido más hogares que los más poderosos cañones.

No perdono a nadie, soy implacable y busco mis víctimas entre ricos y pobres, jóvenes y viejos, fuertes y débiles, prostituidos y honrados... Las viudas y los huérfanos me conocen...

Yo, en un año, mato miles y miles de jornaleros y degrado a otros tantos ricos.

Acecho, siempre en lugares ocultos, a espaldas de la vanidad; la mayor parte de mi obra es en silencio. Os habrán advertido los sabios en contra mía, pero no hagáis caso de la advertencia... y me conviene que sigáis así.

Soy incansable. Estoy en todas partes: en el hogar, en la calle, la fábrica, en las encrucijadas de los caminos y en la mar. Bajo al abismo, y, si es necesario, me elevo sin vacilar a las cúspides más altas, tras siempre de mi propósito con voluntad absoluta.

Llevo conmigo odios, envidias, pereza, degradación y muerte; sin embargo, pocos son los que tratan de evitarme; al contrario, los más me buscan, se entregan a mí, como la hembra en brazos del macho amado. Soy quien destruye, deshace y mutila; soy quien nada da, pero todo lo quita. ¿No sabéis aún quién soy?...

Pues, soy vuestro peor enemigo: soy la ignorancia, que, desde seculares épocas, anida dentro de vosotros.

La Constitución Social

Por BALDOMERO ARGENTE.

Hace algún tiempo, una revista madrileña publicó la respuesta de algunas personalidades notorias a esta pregunta: «¿Qué libro ha dejado más impresión en su espíritu?»

Si yo hubiera sido interrogado, habría respondido sin vacilar: primero, «Progreso y Miseria», de Henry George, que desde mi juventud, ya lejana, imprimió a mis ideas rumbo que, al cabo de muchos años y de no livianos estudios, ha venido a ser definitivo, puesto que no he logrado encontrar en aquella obra admirable concepto o razonamiento que rectificara. He comprobado por mí y guiado por un afán insaciable, casi morboso, de encontrar la verdad en materias económico-sociales, la exactitud absoluta del juicio aplicado a la doctrina de aquel libro por Tolstoy, en su opúsculo «La Gran Iniquidad», diciendo que «no hay más que dos maneras de combatirla: ignorarla o falsearla». Ambas cosas simultanean muchos de nuestros «eminentes».

Después, el libro del gran profesor de Economía de Turín, Aquiles Loria, titulado: «Las bases económicas de la constitución social».

Cuando terminé su lectura formé el propósito de divulgarlo. El amor a la verdad engendra el anhelo de proselitismo. En ello se advierte su condición generosa, porque no ceta y recata las fruiciones espirituales, sino que aspira a compartirlas, cifrando su mayor deleite en esa comunión de las almas solidarizadas por la contemplación de un mis-no esplendor.

Me propuse por eso traducirlo, robando el tiempo a otras ocupaciones más obligatorias y lucrativas. Me hallaba seguro de que el conocimiento y estudio de esta obra magistral, vertida desde sus primeros días al inglés, al francés y al alemán, habría de influir en el pensamiento político de los directores de nuestra patria, haciéndoles ver la vacuidad de sus interpretaciones políticas y sociales, modernísimas, al parecer de algunos de ellos, pero, en realidad, enraizadas con amojamados principios abstractos de la vieja escolástica, imperantes en el intelecto de muchos políticos-juristas de hoy.

Lo que no sospeché es que pudiera llegar a ser un libro tan de actualidad palpitante como las circunstancias españolas lo han hecho. La derruición del Estado constituido hace 56 años, la caída de la monarquía, el alborotado oleaje que bambolea, sacude, azota y pone a punto de zozobrar la frágil barquilla del naciente Poder público, dedicado a construir sobre el suelo más movedizo, proceloso e hirviente que, desde hace varios siglos, ha habido en España, son fenómenos externos que demandan una explicación y una interpretación del hombre afanoso por lograr clara conciencia del momento que vive.

Somos actores y víctimas juntamente de esos sucesos. La información diaria nos ilustra sobre cuanto ocurre. Pero, ¿por qué ocurre todo eso? ¿Cuál es su sigilado origen? ¿Cuál su recóndito sentido? ¿De dónde viene esta agitación convulsionaria, cuyos estremecimientos son comunes a todos los países y que todos perciben con caracteres irrecusables de un terremoto social? Han cambiado las ideas; pero ¿por qué han cambiado las ideas? ¿Qué impulsos ignorados irresistibles han derribado en los espíritus las viejas concepciones, los antiguos principios, las categorías morales y sociales, sobre los que en otros tiempos se plasmaban la disciplina y la jerarquía colectivas?

Una juventud ha irrumpido en la superficie política y social con nuevos ideales. Pero la juventud no tiene hora para llegar a la vida. Cada año, cada día, cada minuto, trae a la existencia activa otra leva de jóvenes destinados, en la continua corriente de la existencia, a cubrir los huecos que la muerte abre. ¿Por qué en esta hora precisa, y no ayer ni mañana, se alumbra en el fondo de la juventud una nueva florescencia de aspiraciones e ideales?

La actualidad es la envoltura real de algo más secreto y profundo. Dentro de esa envoltura está la voluntad ciega pero irresistible que hace y deshace, que mueve los hombres y los pueblos, que moldea las civilizaciones y va tejiendo como quiere la urdimbre de la Historia. En el gran drama universal, los hombres, con sus apetitos y sus iras, sus discordias, sus ideas y sus sueños, somos tan sólo humilde obreros obscuramente dedicados por un querer implacable y omnipotente a la tarea de tejer un inmenso tapiz cuyo dibujo no conocemos y acaso no conoceremos nunca.

Una filosofía de la actualidad es una explicación de la actualidad. Mediante ella, adquirimos conciencia de nuestro papel en el mundo. No podemos alterar su trayectoria; como viajeros del planeta, no podemos modificar su órbita en los espacios, pero trazamos su línea, indagamos de dónde viene, conjeturamos dónde va. Nos hacemos espíritu, superior a los hechos, y penetramos—por la penetración de los planes providenciales, si hay plan, o por el conocimiento de la fatalidad mecánica de las fuerzas naturales, si ellas lo llenan todo—en el disfrute de aquella parcela de eternidad cuya nostalgia es lo más puro y lo más torturante de nuestro ser.

Pero la actualidad es un eslabón en la cadena interminable de la historia. La historia no es más que una sucesión de actualidades. Una filosofía de la actualidad es la visión furtiva, pero deslumbrante de una filosofía de la historia. Los hombres son como fueron. La razón de sus hechos de hoy es la razón misma de sus hechos de ayer. Si nos parecen distintos, es porque no buceamos hasta sus causas primarias, hasta sus resortes iniciales. Por eso la interpretación del momento que pasa se proyecta, como en un curvo espejo, con dimensiones gigantescas sobre la interpretación de la historia. Nuestra obra actual es el breve índice de un inmenso pasado.

Y en esa visión de la complejidad necesaria que ha construido y derrumbado sociedades y civilizaciones, se descubren las fuerzas motoras de los sucesos de hoy, como de los sucesos de edades seculares. En la cima está el hombre con sus apetitos vitales, pugnando por satisfacerlos; no sólo apetitos materiales, sino también espirituales; ansias que son como las proyecciones iniciales de la vida. El genio constructor de la historia es el deseo, y el deseo es como la corporeidad del espíritu. El espíritu humano construye las sociedades, las civilizaciones, teje la historia.

Pero si él está en la cima, en el fondo está la base económica, no hechura de nuestra conciencia, ni del derecho, ni de las ideas ni de las instituciones, sino madre de todo ello, y hechura, a su vez, de las fuerzas primigenias que multiplican la gran familia humana. La base económica es, pues, la verdadera creadora de la historia, porque condiciona al espíritu y lo orienta. La base económica crea y disuelve la moral, forma y transforma el derecho, construye y modifica y derrumba y reconstruye el Estado. ¿Cómo? ¿Por qué?

En el gran estudio de Aquiles Loria, en este libro trazado con los métodos positivos propios de la ciencia moderna, se contesta. Así, su obra es un verdadero tratado de ciencia social, rigurosamente construido y constantemente ilustrado por las aportaciones del pasado. El vigor dialéctico de Loria es irresistible y su erudición doctrinal e histórica asombrosa. La interpretación económica de la historia—hoy palpitante en el fondo de todos los espíritus, aun de aquellos que la rechazan—no ha encontrado jamás alarife más rico en materiales, más diestro en disponerlos, más eficaz para iluminarlos. Y el arte del expositor, la maestría literaria del artífice, hacen de un libro de ciencia simultáneamente una obra de arte, en que el lector, al par, aprende y se complace.

La traducción ha visto la luz en dos ricos volúmenes que forman parte de la «Biblioteca de Cultura Económica» que, para honra de Barcelona, se edita en ella. Emprendió ésta la noble tarea de publicar en serie obras fundamentales de materia económico-social. Y, pese a la dificultad de los tiempos, la va realizando. Es empresa cuyo sacrificio brota del amor a la cultura y a la patria. ¡Pluga el cielo ayudar a tan bella iniciativa, y que los ardores de esta cáncula social española no la agosten en flor!

Las hoces no deben emplearse más que en segar mieses; pero es preciso que los que las manejan sepan que sirven también para segar otras cosas, si además de segadores quieren ser ciudadanos.

J. COSTA.

Cómo se disipan las nubes

Germán Weber regresó una noche del taller, donde había pasado el día trabajando duramente, a su modesto, pero muy aseado hogar. Estaba muy cansado y no del mejor humor. Desgraciadamente, a su llegada halló también a su esposa en la misma condición.

—¿Has llegado? preguntó la señora Weber, en un tono muy indiferente, dándole una rápida mirada.

—¡Qué pregunta!, murmuró Germán, y en su corazón se decía:—Si mi esposa me brindara un rostro y una bienvenida más amable, entonces mi vuelta al hogar me causaría mayor agrado y placer.

Todo quedó en silencio.

La esposa se movía lentamente por la habitación aderezando la cena, y, al terminarla, sentándose a la mesa, vuelve a preguntar con la misma voz indiferente:—¿Vienes, Germán? Weber se levantó bruscamente y se sentó a la mesa. Una palabra torpe y ruda ardía como brasa sobre sus labios, pero la detuvo.

Nada interrumpía aquella cena; pero parecía que su paladar no gustaba sabor alguno.

—¿Te falta algo, María?, preguntó por fin él, al notar que ella apenas comía un bocadito.

—No, nada Germán, y otra vez volvió a quedar todo en silencio. Weber terminó la cena, se levantó y quedó parado en la ventana. La esposa levantó la mesa, la cubrió con un tapete verde, dejó a su esposo solo entregado a sus pensamientos y se alejó a la cocina para hacer la limpieza de la loza.

Weber empezó impaciente a caminar de un extremo a otro.

—Es imposible vivir así, dijo por fin. Después se sentó, tomó un diario y empezó a leer. Su vista cayó repentinamente sobre un artículo que llevaba este encabezamiento:

«¿Alaba Vd. a su esposa?»

—¡Bueno, esto es muy bonito!, pensó él, suspirando amargamente. «Pues yo no tengo muchos motivos para alabar a la mía.» Pero volvió a fijarse en el mismo artículo y siguió la lectura: «Amigo, ¿alaba Vd. alguna vez a su esposa cuando llega del trabajo a su hogar? Esto le causará alegría, lo que merece mucho, después de un día lleno de trabajos y fatigas.

Sí, en esto hay alguna verdad, pensó Weber.

—Pero, ¿cómo puedo alabar a María, cuando me muestra una cara tan agría? Otra vez miró la hoja y siguió leyendo:

«Cuando ella cumplió con todo lo que corresponde a una esposa guapa, que mantiene su hogar en buen orden y aseo, entonces hágale sentir que Vd. no es ciego y que sabe apreciar su esmero. En caso que hallase algo imperfecto, recuerde que una palabra amable siempre encuentra un buen lugar, y esto hará bien a ella y a Vd.»

Weber no podía seguir tal lectura; su conciencia le decía que esta lección era para él, y más, le acusaba de muchas ingratitudes hacia ella.

En este momento regresó la esposa de la cocina donde su tarea había terminado; nuevamente volvió a ocupar su asiento, con una pieza de ropa que estaba cosiendo para su esposo.

—Esta es una buena cosa, María, y tan bien hecha que muchas mujeres no pueden hacerla tan linda.

—¿Lo piensas tú así, Germán?, dijo ella, y siguió su trabajo.

—Cierto, ¡y estoy tan contento de poder presentarme cada día tan limpio delante de mis compañeros!

Con esto se había quebrado el hielo, el rostro de la abatida esposa se aclaró, como cuando el sol rompe las nubes.

—Ellos dicen muchas veces, pro-

siguió Weber, este hombre debe tener una esposa muy hábil.

Las mejillas de María empezaron a enrojecerse.

—Tú no crees lo que estás diciéndome, dijo ella.

—Sí, lo creo, pues lo sé por experiencia, contestó Germán; y para asegurar su afirmación, se inclinó hacia ella y la besó en su frente.

—Si tú me hubieras dicho esto antes, Germán, ¡yo hubiera sido tan feliz!, dijo María en voz baja, y ella se levantó con lágrimas en los ojos, le miró y reclinó su cansada cabeza sobre el seno de su esposo.

—¡Tú eres tan buena y fiel, María! Tu sabes que te amo, pero anhelo verte siempre alegre. Entonces nuestro hogar sería para nosotros el sitio más amado sobre toda la tierra.

—Tus palabras me hacen mucho bien, Germán, y jamás permitiré que me domine el mal humor, dijo María sonriendo.

Desde aquel día el trabajo doméstico se le hacía más fácil. Con unas pocas palabras cariñosas y amables, Weber logró disipar las nubes oscuras que habían amenazado la paz de su hogar; y entonces el sol del amor brilló alegremente en aquel agradable recinto.

El Tigre y el Jesuíta

El reverendo padre Kirker, jesuíta, en la relación de sus viajes, cuenta que un día, junto a la desembocadura del río Jordus, se encontró de improviso con un cocodrilo a un lado y con un tigre a otro; verdaderamente, era un conflicto suficiente para poner en un apuro hasta a un jesuíta.

El padre Kirker no sabía a qué santo encomendarse, cuando el tigre, dando un salto, fué a caer en la boca del cocodrilo, el cual, entretenido en devorarlo, no se ocupó del jesuíta.

Hay quien dice que el cocodrilo lo hizo aposta, pareciendo la carne del tigre más jugosa que la del jesuíta. En lo cual se equivocaba, porque ambos pertenecen a la misma especie, a lo menos así lo enseñan los naturalistas.

LA CULTURA

Considero desde hace algún tiempo la cuestión cultural tan importante o más que la cuestión social. La cuestión cultural ha de ser la cuestión condicionante, la que sirva de base a toda otra condición que pueda modificar la organización económica y social actual.

Y ahora, por experiencia de estos últimos años, digo que me afirmo aún más que antes en el valor que va a tener la cultura proletaria en la posibilidad de que logremos transformar el régimen económico. Y digo que tiene la experiencia de estos últimos años un valor de enseñanza, y puedo analizar ahora el por qué; porque estimo que están todavía excesivamente candentes las pasiones y llegará pronto tal vez el instante en que se puedan sacar enseñanzas de toda la dolorosísima experiencia societaria de estos últimos tiempos.

Yo no digo que el aspecto cultural sea el exclusivo para conseguir la transformación del régimen económico. Eso sería decir demasiado. Es indispensable un elemento pasional; la pasión sirve de motor; pero la

pasión necesita una idea que la alumbré para que sepa la pasión a dónde ha de apuntar el tiro, a dónde ha de dirigir su opinión, hacia qué ha de orientarse; y sólo cuando la pasión se desposa de una manera permanente con la idea, que es el fruto de la cultura, nace la virtud que origina todo progreso

en la Historia, que es la virtud del heroísmo. Heroísmo es eso: pasión ideas. Ejemplos hay patentes de cómo realmente la virtud heroica—o sea la pasión encendida en el amor a una idea—es la que va trazando la línea luminosa de la Historia.

FERNANDO DE LOS RÍOS.

La Canción Extraña

Mi canción es extraña, lo comprendo...

y comprendo que suene en tus oídos así mal, porque es lúgubre. ¡Yo canto una canción extraña, la del siglo! Un mala canción que me enseñaron las miserables hembras del prostíbulo y los callados hombres de la cárcel y las criaturitas del asilo... Huérfanos, prostitutas y ladrones, sobra del arrabal, carne del vicio, para quienes el Código fué recto y no tuvo atenuantes el castigo. ¡Oh, mi mala canción!...

—«Yo soy la hembra, máquina de placer, a precio fijo, que nací para el beso del borracho y para el puñetazo del libertino, Mis padres eran buenos, eran pobres... eran pobres y buenos... ¿Quién ha visto que sólo con amores y pobreza se alcen hogares y se eduquen hijos?... Una noche muy clara... ¡la recuerdo, porque en aquella noche tuve frío!, regresaba al hogar, a mi agujero, siempre hediondo y sin luz del conventillo, cuando en medio del pecho, friamente, se me clavó un puñal... ¡ya no era mió!, Arrumbados los viejos cachivaches, allí estaba la cómoda de pino, allí estaba el retrato del abuelo, allí mi traje azul de los domingos... ¡y mis dos pobres viejos, que lloraban en un rincón del cuarto del vecino! Entonces me acordé de que era joven... y con mi juventud he conseguido lo que no conseguí con el trabajo: ¡pagar los alquileres!...»

Te lo digo: mi canción, por que es lúgubre, es extraña... es la mala canción de los que un día se vieron sin hogar en la cloaca y robaron...

—«Yo soy un delincuente. Rudo de complexión, bueno de alma, trabajé muchos años en la estiva, como un asno de arriero con la carga. Cuando, desde la boca del navío, iba con los tirantes a la espalda atravesando el murallón, crujía un su estremecimiento la planchada. Y todo ¿para qué?... Para que un día faltase en el hogar luz a mi lámpara, un mal brebaje a mi mujer enferma y a mis dos pequeñuelos una lápida! Robé y estoy aquí... Seguramente que la letra del Código es muy santa, pero no la han escrito los hambrientos...»

He ahí la canción que me enseñaron esos del lupanar y el calabozo, las hembras locas y los hombres malos. Es extraña, ¿verdad? Pues, más son ellos: Hay de mirar sombrío; rostros largos como una hoja de puñal. Blasfeman... Hay otros amarillos, encorvados, que tosen largamente y en la cara tienen como una mueca que hace daño... Hay en seguida los defomes: unos perdieron la nariz, otros el labio, otros hasta la voz...

—¿En qué Evangelio se santifica la injusticia? ¿Acaso premia Dios a los tristes y a los buenos, como a los mercaderes, con el látigo? ¿Qué sociedad civilizada es esta que dispone el banquete en el palacio, y manda invitación para el banquete con los mismos hambrientos, a los hartos? ¡Oh, mi mala canción!...

FEDERICO A. GUTIÉRREZ.

Nuestra avaricia y malignidad ha introducido carestía y hambre en la abundancia.—LUIS VIVES.

El Arte por el Arte

Artistas, ¿no os parece feo, no os causa náuseas el espectáculo de esta sociedad de ricos y pobres? ¿Y de qué vive vuestra Belleza, si le falta piedad para desvanecer con un rayo de armonía las tinieblas del mundo? Esa Belleza que no sabe plañir, que no es lo suficientemente bella para arrojar a todos los seres, quitáosla del pensamiento, que es una falsa Belleza, una impúdica ramera que os prostituye con el sensualismo del arte por el arte.

FELIPE CORTADELLA.

Guerra a la Guerra

VIII.

En aquella primera escaramuza, salió vencido el Emperador. Bismarck había ofrecido su dimisión. Guillermo no respondió: interrogó con la vista a sus ministros. Ninguno de los ocho dijo palabra. Ninguno quiere al Canciller: le odian y le temen. Mas bien están de acuerdo con las buenas intenciones del Emperador. Sin embargo, nadie habló en favor del soberano. Éste representa la fuerza del Estado, nombra ministros, puede destituir al Canciller. Y con tanto poder no se atrevió a enfrentarse con Bismarck.

Pero no es el Kaiser hombre que desista de sus propósitos, cuando una idea se le mete bien en la cabeza. Y en próximo Consejo de ministros, cuando nadie le espera, se presenta de pronto. Trae la intención de imponerse. Bismarck le dice: «He examinado esos decretos obediente a vuestras órdenes como funcionario aun en activo. Pero los desapruébo; deben quemarse». «No, no», responde el Emperador. Y los firma, precipitadamente. Mas no los firma el Canciller. Y sin su refrendo no son viables. El primer decreto anunciaba una «Conferencia social de las Potencias». El segundo prometía a los trabajadores una ley basada en principios sanos y morales, autorizándoles para que su «representación» interviniera en la marcha de los asuntos que les fueran comunes, en defensa de los intereses obreros, negociando con los patronos o con los organismos gubernamentales, permitiéndoles exponer libre y pacíficamente sus deseos». Esto era, sencillamente, anticiparse a los «Consejos de fábrica, Comités paritarios o Jurados mixtos», tan en vigor actualmente. Aquí el Kaiser veía más claro que el Canciller. Bismarck sabía, y en esto no se equivocaba; es una ley inexorable, que cuanto más se concede al proletariado, con más brío reclama lo que aun se le debe. Bismarck pensaba en las próximas elecciones. Y las elecciones llegaron. Fueron las primeras del Emperador; y el Emperador las perdió: los socialistas triplicaron el número de sus diputados.

Dice el Canciller a su Señor: «Después de estas elecciones, consecuencia de vuestra política, hay que hacer más severa la ley socialista, hay que hacer

votar el gran proyecto militar, modificar la ley electoral y hasta quitar a los socialistas el derecho al sufragio, puesto que son enemigos del Estado». «Yo no puedo, contesta Guillermo, responder con cañones de tiro rápido a los deseos de mis gentes; ni quiero que me llamen, como a mi abuelo, el príncipe Metrala». «Más vale ahora que luego», replica Bismarck. «No se mata con reformas a la social-democracia; día llegará en que nos veremos obligados a disparar contra ella».

Contesta el Emperador: «No quiero chapotear en sangre». Bismarck insiste: «Majestad, si ahora retrocedéis, más tarde habrá que desplegar mayor violencia... De todos modos, yo no podré seguir soportando la responsabilidad». Nueva amenaza de dimisión.

Guillermo reconoce que necesita de Bismarck. Ello le pone fuera de sí, padece su orgullo. Y piensa: «Cuesta trabajo entenderse con él. No soporta que yo exponga un deseo, mi voluntad. Ha intentado dimitir; luego ha cambiado de opinión. No me agrada tal juego. Ahora seré yo quien disponga. Todas sus desgracias proceden del inmenso deseo de gobernar. Poco a poco sometió a todos. Pero conmigo ha caído mal».

También Bismarck reflexiona: «¿Podré seguir a sus órdenes? Mi amor a la patria me dice que no debo retirarme; que yo sólo puedo hacer frente a su voluntad. Pero conozco muy bien cómo piensa el monarca y preveo las penosas dificultades con que he de luchar, si no me retiro».

El rencor contra el Canciller se traduce en un discurso el 5 de marzo, discurso que es amenaza:

«Bienvenidos los que quieran ayudarme; pero yo aniquilaré a los que se interpongan en mi trabajo». Dice Ludwig que pocos días después, tras haber ensayado inútilmente poner de acuerdo a Bismarck y Bötticher, concedió a éste, funcionario sin mérito alguno, la orden del Águila Negra, distinción que sólo consiguió Bismarck, después de concertada la primera paz victoriosa.

Y Ludwig, en su biografía de Guillermo II, refiere un diálogo entre éste y el Canciller, que pone bien de manifiesto la mala inteligencia entre el Emperador y su Ministro. Éste es un luchador que intenta una combinación para vencer al Reichs-

tag y al rey: la inteligencia con el grupo católico. «Después de una enemistad de más de diez años, su viejo adversario, Windthorst, viene a casa de Bismarck por primera vez: el jefe católico expone las condiciones con que el Centro podría formar parte de una nueva mayoría.»

El Emperador, que no puede sufrir a Windthorst, se entera de esta visita que le irrita. Fuera de sí, se planta a la mañana siguiente en casa del Canciller. He aquí el diálogo:

Bismarck: «Debo comunicar a Vuestra Majestad que Windthorst sale de su reserva y ha venido a verme.»

El Emperador: «¡Claro que usted no le habrá recibido!»

Bismarck: «Claro que le he recibido, como debo recibir a todo diputado bien educado.»

El Emperador: «Debía usted haberme consultado.»

Bismarck: «Soy libre de recibir en mi casa a quien me agrade; sobre todo, cuando se trata de visitas concernientes al gobierno.»

El Emperador: «Habéis hecho venir a Windthorst por mediación de Bleichröder. Los Judíos y los Jesuítas van siempre juntos.»

Bismarck: «Vuestra Majestad me honra mucho informándose tan escrupulosamente de lo que pasa en mi casa. Es verdad. Pero no soy yo quien ha buscado el intermediario, sino Windthorst. Además, me es igual. Dada la nueva composición del Reichstag, necesitaba conocer el plan de lucha del «leader» de la fracción más numerosa. Su deseo de hablarme venía muy a punto. Ahora ya sé que sus condiciones son inaceptables. Si mi conducta merece reproches, Vuestra Majestad debía igualmente en tiempo de guerra prohibir los reconocimientos a su Jefe del Estado Mayor. Y de ningún modo puedo someterme en mi propia casa a tal intervención de mis hechos y gestos.»

El Emperador: «¿Ni siquiera si es vuestro soberano quien lo ordena?»

Bismarck: «¡Ni siquiera, Majestad!»

Guillermo no es un luchador, lo demostraba entonces y lo ha seguido demostrando en el curso de su reinado. Esta vez se impusieron los ojos azules bajo las frondosas cejas del Canciller. Siguió la conversación más apacible. Y al final dice Bismarck: «He permanecido a vuestras órdenes, porque así lo había prometido a mi viejo señor, pero me retiraré de buena gana en cuanto Vuestra Majestad lo desee.»

El Kaiser lo está deseando; pero no tiene el valor de decirlo, de contestar francamente. Se queja de no recibir ningún informe de sus ministros, porque Bismarck lo ha prohibido, y le ruega revoque tales órdenes. Son disposiciones, dice el Canciller, que datan de 1852, y que son indispensables: «Ningún Primer Ministro puede ser responsable, si el Monarca toma por sí mismo decisiones.»

Este Primer Ministro piensa que quizás es ahora la última vez que se ve frente a frente con su soberano. Y le asalta la idea de vengar las humillaciones sufridas. Lleva la conversación hacia Rusia y entrega a Guillermo un informe reciente que le ha remitido el Embajador en Londres, informe donde se repiten ciertas expresiones del Zar respecto al Kaiser. Y éste lee que, entre otras cosas, el señor de la Rusia ha dicho de

él: «Está loco. Es un muchacho mal educado y de mala fe.»

Piensa que toda la Corte rusa, su abuela inglesa, el tío Eduardo y su propia madre conocen el depresivo comentario. Sale humillado de casa de Bismarck. Humillado y con mayor rencor contra el férreo Canciller, que ante su señor no se doblega. La venganza no ha de tardar. Pero, aun en medio de la venganza, que pretende sea teatral, como todo lo suyo, aun en pleno desquite ha de experimentar la superioridad de Bismarck y sentirse mortificado.

Guillermo pide al Canciller, por medio de Hahnke, que revoque la orden dada a los Ministros, de que sin su conocimiento no informen de nada al Emperador.

«¡Imposible!», dice Bismarck. «Si el Emperador quiere revocar esta orden, que suprima igualmente la presidencia del Ministerio de Estado. Contra eso no tendré nada que oponer.» La vanidad de Guillermo se encabrita: «¡Quién manda aquí, él o yo!» Nueva visita de Hahnke, que se arma de todo su valor para cumplir la misión encomendada. Lo más respetuosamente posible, expone: «Su Majestad insiste en que se retire la orden en cuestión. Como consecuencia de mi informe relativo a nuestra conversación de ayer, el Emperador espera que Vuestra Excelencia le presente inmediatamente su dimisión. A las dos puede venir a palacio y la dimisión le será aceptada.» Bismarck responde tranquilamente: «No estoy bastante bien para ir a palacio; escribiré.» «Hecho», dice Guillermo: «No revoca la orden, pero dímelo.» Parece que se ha quitado un gran peso de encima. Pero Bismarck no ha escrito todavía. Ahora es Lucanus, «el seco y glacial Jefe del Gabinete civil de Palacio», quien vuelve a casa del Canciller, reclamando la ansiada dimisión. El seco y glacial Jefe, nada satisfecho de la misión que le trae ante el gigante: «Su Majestad pregunta por qué motivo Su Excelencia no le ha remitido aún la dimisión que el Emperador ha exigido esta mañana.» Bismarck, siempre tranquilo: «El Emperador puede despedirme en seguida; no pienso seguir contra su voluntad. Estoy dispuesto a refrendar mi revocación pura y simple. En cambio, no tengo la intención de descargar al Emperador de la responsabilidad de mi dimisión, cuya génesis precisaré cuanto antes en pública declaración. Después de una actividad de 28 años, actividad de gran importancia en la historia de Prusia y del Imperio, necesito tiempo para justificarme ante la Historia, en una carta de dimisión.»

Inmensa emoción la de Guillermo, mientras espera la ansiada renuncia. Según Eulenburg, quería, pero no podía disimular el desasosiego. Le domina la idea, grandísimo temor, de que el anciano, ante la nación, le obligue a desterrarle. «Pero el viejo Canciller, medio día todavía le hace esperar. Al fin, pálido y agitado, consigue entre sus manos el papel: seis grandes carillas en las que al Emperador se atribuyen las causas y motivo de la dimisión.

La nación no sabrá esto hasta mucho después. Con toda rapidez, para que no falte ningún requisito, el Emperador escribe:—Aprobado W.—Prohíbe la publicación de tal documento; pero hace conocer el suyo propio, dos páginas autógrafas que se refieren a la preciosa salud

de Bismarck, que expresan la esperanza de, en el porvenir, utilizar aún sus consejos y actividad, con el convencimiento de «que nuevas tentativas para determinar a retirar vuestra dimisión no tendrían probabilidades de éxito.» Así, ante el mundo, el Emperador falsifica los motivos de la dimisión. Atribuye al Ministro, destituido a la fuerza, el deseo de su retiro y la responsabilidad de las últimas gestiones. Cuando al día siguiente comunica a sus generales, con satisfacción no disimulada, la dimisión del Canciller, los nonagenarios labios de Moltke, siempre callados, murmuran: «Muy lamentable. Nuestro joven Señor nos colocará todavía ante muchos enigmas.» (Ludwig).

Y para que se vea hasta don-

de llega su hipocresía, Guillermo se dirige a la nación, diciendo: «Mi corazón sufre tanto, como si por segunda vez perdiera a mi abuelo. Hay que soportar lo que Dios decide. La responsabilidad del oficial que toma la guardia en la nave del gobierno, ha caído sobre mí. Es obligado seguir la ruta trazada. ¡Adelante a todo vapor!»

* *

Desde entonces el ex-Canciller se convierte en pesadilla, pesadilla que dura ocho años. Desde que Bismarck deja de ser Canciller, hasta que muere. De ello nos ocuparemos en el próximo artículo.

LUIS VILLOAZ.

Instantáneas

AUN NO ASAMOS...

Ha causado general disgusto en el ambiente político de España, el acuerdo del Partido de Izquierda de Cataluña prohibiendo toda coalición con todo partido que no sea catalanista y con todo aquel que su central no radique en Cataluña. Quedan, pues, al margen de toda coalición con el Partido de Izquierda de Cataluña el Partido Radical, el Radical Socialista, el Socialista y Acción Republicana, sin cuyo concurso jamás se hubiera aprobado el Estatuto, y la Autonomía de Cataluña no habría pasado de ser un sueño.

Creemos sencillamente que tal actitud no es decorosa, pues ninguna persona decente arroja despreciativamente las muletas, de las cuales se ha servido para andar, cuando ya no tiene necesidad de ellas. Y las ingratitudes acostumbran a pagarse caras.

El fanatismo catalanista ciega a muchos; están ciegos y no se dan cuenta de que Cataluña sin España llegaría a ser más pobre que el más pobre de los territorios. Si los catalanistas se empeñan en aislar espiritualmente a Cataluña de España, porque materialmente, no lo lograrán jamás, no tardarán en arrepentirse de sus desplantes de perdonavidas. Si los directores de la Autonomía Catalana no sujetan sus nervios, las luchas que provocarán darán al traste con la prosperidad de Cataluña y no gozarán de las ventajas que les da la Autonomía ni de nada y podrán apuntarse el tanto negro de haber sido los iniciadores de la decadencia de nuestra tierra.

Den rienda suelta los catalanistas a sus instintos separatistas, a sus intemperancias y extravagancias, y no dejarán de convencerse muy pronto de que no todo el monte es orégano.

La prensa diaria nos ha informado de que en el seno del Partido de Izquierda de Cataluña hay algún revuelo. Los rumores son de propósitos que, aunque de momento parece se han desvanecido, seguramente, no tardarán en volver a surgir. Véanse unas palabras muy significativas del diputado Serra y Moret: «No niego que en la Unión Socialista de Cataluña ha habido vivas molestias por la actitud de cuatro energúmenos de la Izquierda republicana de Cataluña...»

Tales palabras, son de mal agüero, pues son presagio de tormenta y de cisma, y, si empiezan las disgregaciones, forzadas o voluntarias, pronto la Izquierda Republicana de Cataluña se va a quedar como el gallo de Morón. Las malas acciones, llevan en sí mismas el castigo.

SÍSIFO.

Haz tu otro tanto

Hay gentes tan ciegas que ni al mismo Vulcano considerarían un buen herrero, si no llevaba su gorro. Necedad es, pues, quejarse de ser desconocido de un necio que sólo conoce a los hombres por su traje o sus atributos. Por esto Sócrates fué desconocido. A él acudían para rogarle que les llevara «algún filósofo» y él accedía asus ruegos. ¿Quejase alguna vez de que no le consideraran a él como filósofo? Jamás; no tenía rótulo en su puerta, y estaba muy satisfecho de ser filósofo sin parecerlo. Y, no obstante, ¿quién lo ha sido más que él? Haz tú otro tanto: que la filosofía no se deje ver más que en tus actos.

EPICTETO.

Contra el Alcoholismo

Al alcoholismo le debemos especialmente el aumento incesante de asesinatos y suicidios, la multiplicación de los vagabundos, el crecimiento de la prostitución, la mayor mortalidad en los hospitales, la abundancia de reclusos en cárceles y manicomios.

En Francia el 10 por 100 de las defunciones se debe manifiestamente al abuso del alcohol, y en Inglaterra se inmolan cada año por el alcohol 40.000 víctimas.

En Bélgica, perecen anualmente 25.000 existencias por el abuso de las bebidas alcohólicas (Coillie), y el 80 por 100 de la mortandad en el hospital de Bruselas la ocasiona el alcoholismo (Carpentier Croeque).

En Francia el 70 por 100 de la población de las cárceles viene de los bebedores habituales; en Alemania el 50 por 100, y en Inglaterra el 45 por 100.

De recientes estudios estadísticos resulta que el 65 por 100 de los homicidios se cometen bajo la influencia del alcohol.

Los suicidios, que indudablemente se deben al abuso de las bebidas alcohólicas, están en proporción del 40 por 100 en Rusia, del 36 por 100 en Dinamarca, del 30 por 100 en Inglaterra y del 26 por 100 en Wurtemberg.

En Francia, el número de suicidios, a consecuencia del alcoholismo, se ha sextuplicado; desde 137 ha subido hasta 868 por año.

El alcoholizado bebe hasta la muerte, hasta el suicidio. El aumento considerable habido en la locura, no tiene causa más activa que el alcoholismo. El número de los alienados que las bebidas espirituosas conducen a los manicomios, se ha quintuplicado en estos últimos veintidós años.

R. MASSOLONGO.

La Inquisición fué la esclavitud del entendimiento, por esto causó incalculable perjuicio a la Humanidad.

J. A. LLORENTE.

Maremagnum

Rogamos a nuestros corresponsales paqueteros, que aun no han mandado la liquidación del tercer trimestre del presente año, la remitan a la mayor brevedad, pues la buena marcha del periódico así lo demanda.

Tal como anunciamos en el número anterior, el domingo día 2 del actual, a las 11 de la mañana, dió prin en el Colegio del Porvenir de esta ciudad, Mendizábal, 102 y 104, el *Cursillo de Ido*, bajo la dirección del Prof. D. Pedro Marcilla, el cual se vió concurrido por 55 alumnos.

El *Cursillo* continuará todos los domingos a la misma hora.

Los que con deseos de aprender el Ido quieran tomar parte en las Lecciones, pueden asistir libremente a dicho *Cursillo*.